



¡Salgamos de nuestras tumbas!

El Evangelio narra que Pedro, después de haber escuchado el testimonio de las mujeres que el Maestro estaba vivo, y de no haberlas creído, «sin embargo, se levantó» (v.12). No se dejó atrapar por la densa atmósfera de aquellos días, ni dominar por sus dudas; no se dejó hundir por los remordimientos, el miedo, la incredulidad. Buscó a Jesús, no a sí mismo. Prefirió la vía del encuentro y de la confianza y, tal como estaba, se levantó y corrió hacia el sepulcro, de dónde regresó «admirándose de lo sucedido» (v.12). Este fue el comienzo de la «resurrección» de Pedro, la resurrección de su corazón. Sin ceder a la tristeza o a la oscuridad, dejó que la luz de Dios entrara en su corazón sin apagarla.

Tampoco nosotros encontraremos la vida si permanecemos tristes y sin esperanza y encerrados en nosotros mismos. Abramos en cambio al Señor nuestros sepulcros personales, familiares, sociales, sellados por el odio, la traición, la injusticia, la miseria, el egoísmo y la codicia, para que Jesús entre, elimine la corrupción que los habita y los llene de vida; llevémosle las pesadas losas de las debilidades y de las caídas. Él desea venir y tomarnos de la mano, para sacarnos de la angustia. Pero la primera piedra del sepulcro que debemos remover este día es ésta: la falta de esperanza que nos encierra en nosotros mismos. Que el Señor nos libre de esta terrible trampa de ser cristianos sin esperanza, que viven como si el Señor no hubiera resucitado, como si nuestros problemas fueran el centro de la vida, olvidándonos del dolor de los demás.

Continuamente vemos, y veremos, problemas cerca de nosotros y dentro de nosotros. Siempre los habrá, pero en este día hay que iluminar esos problemas con la luz del Resucitado, en cierto modo hay que «evangelizarlos». Evangelizar los problemas. No permitamos que la oscuridad y los miedos atraigan la mirada del alma y se apoderen del corazón, sino escuchemos las palabras del Ángel: el Señor «no está aquí, ¡ha resucitado!», transformándose en nuestra mayor alegría y esperanza, y que jamás serán defraudadas.

Así, la auténtica fuerza de la vida ya no consiste en la ausencia de problemas, sino en la seguridad de que Cristo, que por nosotros ha vencido el pecado, la muerte, y el miedo, siempre nos ama y nos perdona, y que nada ni nadie nos podrá apartar nunca de su amor. (cf. *Rm* 8,39). El Señor está vivo y quiere que lo busquemos entre los vivos, para servirles en su Nombre. Después de haberlo encontrado, invita a cada uno a llevar el anuncio de Pascua, a *suscitar y resucitar la esperanza* en los corazones abrumados por la tristeza, en quienes no consiguen encontrar la luz de la vida. Hay tanta necesidad de ella hoy. Olvidándonos de nosotros mismos, como *siervos alegres de la esperanza*, estamos llamados a anunciar al Resucitado con la vida y mediante el amor.

¡Salgamos con el Resucitado de la oscuridad de las tumbas de nuestra vida en las que han tratado de hundirnos, o en las que solos nos hemos metido porque coludidos con las tinieblas de este mundo!.. Abrámonos a la esperanza cristiana y pongámonos en camino; que el recuerdo de las obras y palabras de Jesús en la historia de la humanidad, sea la luz resplandeciente que oriente nuestros pasos confiadamente hacia esa Pascua que no conocerá ocaso.